

Teoría política. De la modernidad a la posmodernidad

Klaus von Beyme

El problema de la autonomía de la teoría política (la cual tiende a disolverse o bien en la ciencia social o bien en la filosofía) sigue siendo un tema sin resolver. Y ello es así sea que se le trate desde el punto de vista de la modernidad clásica (para el grueso de la cual todo aquello que carezca de corporeidad empírica carece también de relevancia científica, con lo cual buena parte del objeto de estudio de la ciencia política sería materia de la filosofía) o desde el de la posmodernidad (la cual al rechazar las reflexiones normativas con vocación de universalidad y al menospreciar la función predictiva de las ciencias en la modernidad, dejaría sin piso lo que han sido hasta ahora los desarrollos de la ciencia política). Todo esto conduciría, concluye el autor, a la necesidad de aclarar las relaciones entre ciencia política y filosofía, por una parte, y las cuestiones metodológicas, por la otra. El presente texto es tomado del libro de Klaus von Beyme "Theorie der politik im 20 Jahrhundert. Von der Moderne zur Postmoderne" (*Teoría política en el siglo XX. De la modernidad a la posmodernidad*), Frankfurt, Suhrkamp, 1992, p.p. 10-25.

LAS TEORÍAS DE LA POLÍTICA abarcan tres operaciones:

- Comprobaciones de hechos políticos, es decir de aquello que *es*.
- Comprobaciones de relaciones causales, ligadas a pronósticos sobre aquello que probable-

mente *será* en el futuro.

- Conclusiones sobre acontecimientos deseables y reflexiones sobre lo que *debe ser*.

No al azar propuso esta tripartita diferenciación un reconocido historiador de la teoría política¹.

pues deseaba asegurarle a las premodernas concepciones normativas de los clásicos un lugar en el concepto de teoría. Los empíricos, por el contrario, declaran la tercera operación como cuasicientífica y del dominio de la filosofía política. El rango de la segunda operación resulta asimismo discutible: seguidores de las teorías de modelos insisten en que éstos (los modelos) se deben probar ante todo respecto de la fiabilidad de los pronósticos y no tanto respecto del contenido de realidad de los análisis de hechos¹.

Aun cuando los clásicos modernos encabezaron el abandono de la reflexión sobre lo que debe ser la teoría política, esta esfera del pensamiento ha podido conservar una posición en las facultades de ciencia política. Es así como ni siquiera en los departamentos de ciencia política de orientación empírica de las universidades norteamericanas, se ha llevado a cabo una estricta separación entre teoría y filosofía política².

En todo caso, una teoría política abiertamente normativa se ha podido consolidar para evitar ocultos juicios normativos, como los que se pueden comprobar reiteradamente en teorías de corte empírico. Aun partidarios de la libertad valorativa han terminado admitiendo la imposibilidad de erradicar del todo elementos normativos de la

actividad científica: en el primer estadio de la construcción de hipótesis los intereses cognitivos llegan a ser esenciales para la elección de los componentes teóricos; y las reflexiones normativas resultan inevitables en la tercera fase de la evaluación de resultados, en tanto no se aspire a teorías inconducibles. Sólo en el segundo estadio de la operación científica propiamente dicha se deben excluir posturas valorativas. En cada uno de los tres estadios se deben diferenciar cuidadosamente, por tanto, el análisis de hechos, los pronósticos y los juicios valorativos.

Si bien ninguno de los grandes teóricos de la política del siglo XX ha renunciado a uno de estos elementos, la combinación de las tres operaciones ha variado en este siglo como en ninguna época anterior, según paso a destacarlo.

Las teorías *premodernas* de la política estaban orientadas principalmente a una *reflexión normativa del deber ser*. Una tradición teórica ontológicamente acuñada partía de criterios universalmente válidos; de normas, valores y fines se deducían tanto un orden armónico de fenómenos políticos como orientaciones para la práctica.

La *teoría de los clásicos modernos* se concentró principalmente en el *análisis de hechos*. Entre más acentuado el

carácter de modelo de las construcciones teóricas, tanto más importante el pronóstico frente al análisis de lo que es.

Las *teorías posmodernas* han replanteado el análisis de hechos y restado valor a los pronósticos (aun cuando éstos siguen jugando un papel importante en la versión más abstracta del pensamiento posmoderno: la autopoiesis). Por último se desistió de denigrar, por razones metódicas, de la reflexión normativa, aunque, sobre la base de una visión fragmentada, se siguió considerando inútil en tanto se trate de desarrollar parámetros de comportamiento para sociedades completas.

El pensamiento político hasta la Segunda Guerra Mundial se caracterizó, ante todo, por los debates contra las teorías racionalistas de los modernos por parte de un beligerante *antimodernismo*. A la opacidad, en los años cincuenta, del interés por una revitalización de los clásicos modernos, le siguió, en los sesenta, el advenimiento en todas las áreas de las consecuencias negativas de un modernismo avasallador, consecuencias éstas que terminaron desencadenando un contramovimiento. La posmodernidad, que se desarrolló primero en teoría, no fue con esto nunca un movimiento unitario. Algunas fracciones se apoyaron en el antimodernismo; otras se entendieron, por

el contrario, como un consecuente desarrollo de los principios de la modernidad.

Los tres estadios premodernidad, modernidad y posmodernidad se usan en este ensayo con un propósito clasificatorio, sin desatender el presupuesto de que la construcción teórica se adelanta al desarrollo social. Con todo, no se supone que exista una sociedad completamente posmoderna. El concepto de paradigma se debería reservar, en lo posible —y en contra del mismo Kuhn— para el nivel del consenso básico entre científicos, para el que inicialmente fue concebido.

Ninguna otra ciencia social se ocupa tanto con teorías premodernas como la ciencia política. Quizás sea ésta una de las razones para que no haya tenido pioneros en teoría, propios y exclusivos. Durkheim, Weber, Pareto, Parsons, Luhmann o Habermas, ninguno de los teóricos importantes que se tratan aquí se autodenominaría politólogo y desde Parsons a Habermas reinó cierta condescendencia frente a las posibilidades teóricas del área. Incluso ciencias afines, en las que ha incursionado esta nueva disciplina, no la han recibido muy amistosamente y han sido reiterativos en el reproche de que “la ciencia política le ha arrebatado el plumaje a otras áreas para luego adornarse con él”⁴.

1/ George Sabine, *Historia de la teoría política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

2/ Downs, A.: *Economic Theory of Democracy*. New York, Harper & Row, 1957.

3/ Von Beyme, K.: *Der Vergleich in der Politikwissenschaft*. München, Piper, 1988.

4/ Von Kerpinski, J.: *Wissenschaft von der Politik - 50zusagen*. Merkur, 1966. 454-468.

Ahora bien, el desarrollo de una teoría política autónoma fue posible en la medida en que se pudieron aclarar las siguientes cuestiones preliminares:

- La primera se refiere a la relación entre *ciencia política y filosofía*.
- La segunda a la relación entre *macro y microteoría*.
- Y la tercera a la discusión de si la teoría política, como distintivo frente a otras ciencias sociales, debería optar más por una perspectiva sistémica o por una que privilegie la teoría de la acción.

1. Con la diferenciación entre filosofía y ciencias sociales empezaron ambas disciplinas en el siglo XX a dirimir disputas por prioridades, desconocidas en el trabajo teórico de la premodernidad. Los clásicos modernos habían aceptado el relevo de la teología por la filosofía como ciencia básica e intérprete de la realidad social; funciones interpretativas éstas que a las ciencias sociales se le antojaron demasiado genéricas.

Las macroteorías parecían con ello estar amarradas a la tarea de la interpretación del mundo, razón por la que fueron abandonadas solícitamente a la filosofía. Por su parte, la filosofía social y la filoso-

fa política, aunque toleradas en las universidades, fueron relegadas como precientíficas por la opinión general, y aunque la teología se conservó finalmente por tradición, fue avalada como ciencia sólo en su función filológica. Sin embargo siempre hubo, incluso en el centro del behaviorismo radical como en Ann Arbor/Michigan, al menos un diez por ciento de politólogos que se ocuparon primordialmente de la historia de la teoría y de la filosofía política⁵.

Este proceso de diferenciación terminó afectando a la misma filosofía política, en la medida en que se cuestionó la convicción de un proceder apriori para la filosofía, en contraposición a uno puramente empírico para las ciencias sociales. No pocas corrientes en filosofía intentaron incluso hacer de ella una ciencia exacta y con ello renunciar al carácter de la reflexión filosófica. Entre tanto, no sólo una mayoría de filósofos sino también de científicos sociales han entendido que no es posible la formación de conceptos en ciencias sociales sin trabajo conceptual apriorístico⁶.

Pero con esto no se superó definitivamente la disputa, pues, ¿cuál disciplina debería realizar este trabajo conceptual? Una parte de la filosofía, en especial la orientada empíricamente, se creyó

competente para ello; justamente aquella que le había asignado a la filosofía la tarea de convertirse en un extensor de la ciencia. Ya en 1690 John Locke⁷ en su *Essay Concerning Human Understanding* había defendido la concepción — mordazmente esgrimida contra aquellos con “large thoughts and quick apprehensions” —, según la cual la filosofía tendría ante todo la modesta tarea de barrer con viejos escombros tendidos al saber en el camino.

T.D. Weldon⁸ se encargó de incorporar, al amparo del neopositivismo, esta concepción filosófica a la teoría política: no sólo se debía renunciar a la premoderna búsqueda de la verdad; conceptos básicos como Estado, justicia o libertad se debían considerar igualmente como metafísicos y como causa de guerras ideológicas y civiles. En opinión de Weldon, el aporte de estos conceptos para el análisis del acontecer político es tan insignificante como las reflexiones sobre el tiempo y el espacio para la física empírica, aunque con este punto de vista demostraba Weldon no estar a la altura del saber de la física de su tiempo.

Ayer⁹ diferenciaba en el quehacer científico entre “obispos y obreros calificados”, siendo sólo

éstos últimos realmente deseables. Esta concepción obedecía a una visión mecanicista del mundo: de la misma manera como un mecánico repara una obstrucción del carburador de un auto, asimismo el filósofo o teórico social resuelve obstrucciones o contradicciones en los sistemas discursivos.

Positivismo y behaviorismo comparten la convicción según la cual únicamente enunciados lógicos y empíricos poseen valor científicos¹⁰; sin perjuicio de que el behaviorismo enfatice aún más en enunciados de tipo empírico y tienda con ello, mucho más acertadamente que cualquier otra corriente empirista, a un descriptivismo ateo. Gracias a una combinación con la que aquí llamamos *revuelta microteórica*, —que consideraba ontológicamente sospechosa cualquier gran macroteoría— le fue posible al behaviorismo distanciarse en gran medida de una concepción *causalista*, remplazándola por un modelo que *privilegia relaciones funcionales y correlaciones* entre variables observadas. Por esta razón, a la versión radical de una pura *sociología de variables* le tuvieron que aparecer esfuerzos macroteóricos como peldaños hacia la metafísica.

El *behaviorismo*, como la

5/ Von Beyme, K.: *Der Vergleich in der Politikwissenschaft*. München, Piper, 1988.

6/ Winch, P.: *Die Idee der Sozialwissenschaft und ihr Verhältnis zur Philosophie*. Frankfurt Suhrkamp, 1966.

7/ Locke, J.: *An Essay Concerning Human Understanding*. (1960). New York, Dover, 2 Bde., 1959.

8/ Weldon, T.D.: *The vocabulary of Politics*. Harmondsworth, Penguin, 1953.

9/ Ayer, A.J.: *The Problem of Knowledge*. London, Macmillan, 1956.

10/ Falter, J.W.: *Der “Positivismusstreit” in der amerikanischen Politikwissenschaft*. Opladen, Westdeutscher Verlag, 1982.

forma más dogmática de un credo laxo, más conocido en América como behavioralismo. Fue el movimiento más propenso a la automatización teórica decretada por el positivismo lógico como un medio eficaz contra la reflexión premoderna, hasta el punto de abdicar del trabajo conceptual abstracto. Pero justamente la investigación empírica es impensable sin esta formación conceptual abstracta: la noción misma de "percepción" resultó ser una abstracción que no puede obtenerse por vía empírica. Pronto la psicología política y los estudios empíricos sobre la conducta reiniciaron la reflexión sobre "necesidades", un concepto que le debió parecer a los rigoristas lógicos como un relicto premoderno de la filosofía hegeliana o marxista.

Fue en el quehacer científico de los Estados Unidos de América donde se extremó el exorcismo de las macroteorías. Muchos departamentos de sociología no fueron más que volátiles confederaciones de "sociólogos en...", de tal suerte que investigadores con intereses macroteóricos e históricos como Reinhard Bendix, en Berkeley, o Seymour Martin Lipset, en Stanford, a falta de canales de comunicación de su disciplina tuvieron que pedir "asilo" en departamentos de ciencia política.

La "cacería a la metafísica" unifica todas las corrientes modernas y posmodernas en las ciencias sociales y une incluso a Habermas y Luhmann. Desde Kant, la mayoría de los filósofos han despedido la metafísica de las reflexiones últimas —aquellas en que pruebas deductivas aspiran a la verdad—, sin perjuicio de que algunos filósofos contemporáneos consideren necesaria una metafísica de las fundamentaciones¹¹ y no se sometan a prohibición positivista alguna. Así, el intento de reducir la filosofía a puro análisis lingüístico, intento que Weldon ha trasladado a la teoría política, se puede declarar fracasado.

2. Fundamentaciones legitimatorias últimas fueron desterradas de la teoría política, pese a lo inevitable de una "teoría de las fundamentaciones", que a su vez sólo puede constituirse como una *macroteoría*. Esto no obstó para que la visión empírico-analítica de la ciencia siguiera concibiendo como sospechoso todo tipo de macroteorías, de tal suerte que, incluso corrientes teóricas como las que representan Habermas o Luhmann ofrecen, de acuerdo con esta acepción, más bien "reflexiones" y no teorías; pues éstas carecen de poder explicativo y de una

dimensión predictiva, al tiempo que revisten sus esotéricas diferencias exclusivamente con ilustraciones empíricas¹².

Elevar la dimensión predictiva de una teoría al estatus de examen de rigor, significa desvirtuar las macroteorías en ciencias sociales; pues éstas, tras la liquidación de los esquemas evolucionistas, apenas si intentan previsiones sobre el desarrollo de sus agregados. Mientras una teoría de las coaliciones, por ejemplo, puede comprobar que el 60 o 70 por ciento de todas las coaliciones en un país tienen lugar según proyecciones teóricas, Habermas difícilmente osaría el pronóstico de que en un lapso de tiempo predecible el proceso de colonización del mundo de la vida avanzaría en un 60 o 70 por ciento.

Con todo, pese a la magra significación de las macroteorías para el componente diagnóstico, éstas vienen demostrado crecientemente su considerable utilidad como análisis de tendencias para el estudio de la formación de hipótesis.

De otro lado, si la teoría empírica de la política ambiciona un saber acumulado sobre procesos políticos, las macroteorías se inclinan por un "platonismo de modelos" (H. Albert) y se inmunizan así contra la afluencia de teorías concurrentes. Consecuentemente la repulsión de las macroteorías

condujo a Merton¹³ en la posguerra al postulado de la restricción a *teorías de medio alcance*, fomentando empeinadamente la argumentación contra los grandes arquitectos de los sistemas: "nosotros, sociólogos de hoy, podemos ser pigmeos intelectuales, pero no somos pigmeos que descansen sobre hombros de gigantes". Los hombros de gigantes dejaron de admitirse como fundamento certero de la moderna construcción teórica, de tal suerte que la acumulabilidad de un saber empíricamente saturado se veía como una virtud científica mucho más apreciable que la originalidad de modelos teóricos.

Ya la modernidad clásica sólo le había podido dar una solución parcial al problema del escaso acopio de conocimientos: pensadores premodernos como Hegel o Comte apenas si se tuvieron en cuenta, pese a las recíprocas referencias de que fueron objeto. Incluso los tres pioneros de la modernidad clásica Durkheim, Weber y Pareto escasamente tomaron nota entre sí, pese a no existir barreras lingüísticas que los separaran. Estas sorprendentes lagunas de percepción persisten en la modernidad tardía y posmodernidad muy a pesar de la intensa internacionalización del intercambio de ideas. Foucault confesó no haber oído jamás de sus grandes maestros durante el tiempo de estudiante una

11/ Henrich, D.: *¿Was ist Metaphysik, was Moderne?* Merkur 448, 1986.

12/ Opp, K.D.: *Ökonomie und Soziologie. Die gemeinsamen Grundlagen beider Fachdisziplinen*. In: H.-B. Schäfer/K. Wehr (Hrsg.): *Die Ökonomisierung der Sozialwissenschaften*. Frankfurt, 1989: 103-127.

13/ Merton, R.: *Social Theory and Social Structure*. Glencoe, Free Press, 1957, 2. Aufl.

sola mención a la Escuela de Francfort¹⁴. Habermas y Luhmann aparecen como intelectuales cosmopolitas de erudición enciclopédica y, sin embargo, Habermas ha debatido muy poco y muy tarde con el posestructuralismo francés y cuando comenzó a hacerlo fue con la perspectiva de etiquetar en busca de peligros neoconservadores. Luhmann, por su parte, ha ignorado casi de manera planificada y muy a pesar de sus cautelosas coronas de citas, muchas construcciones conceptuales relativamente cercanas a su pensamiento.

Por el contrario, los investigadores de la revuelta microteórica en el behaviorismo se vieron conminados a considerarse mutuamente, pues la permanente cooperación de los empíricos en sus redes de trabajo hizo imposible ignorar perspectivas afines y contrarias. Este fenómeno no redundó obviamente en el prestigio de las macroteorías que, al tenor del popular *slogan* de la izquierda universitaria "componeadores de totalidades y contadores de patas de moscas, únfos"¹⁵ mostraron un balance desfavorable frente a los resultados de los microteóricos.

En consecuencia y en pleno apogeo de la "disputa positivista" ("des Positivismusstreits"), un empírico como Erwin Scheuch¹⁵ no

pudo condenar del todo las grandes teorías, pero sí separó estrictamente la —más bien especulativa— filosofía social de las teorías de medio alcance.

3. La renovación de las macroteorías tras la extinción de la revuelta microteórica sustituyó los viejos conflictos por nuevos: el conflicto entre teóricos de la acción y de los sistemas se tornó crítico. Común a ambas corrientes es una posición frontal contra una teoría política que se limita a la investigación de conductas individuales observables. Ya la modernidad clásica se había encargado de construir puentes entre teorías de la acción y sistémicas. Así Max Weber tomó como punto de partida el "sentido subjetivamente constituido" de la acción social y se opuso con ello a una explicación individual-psicológica de la conducta en las ciencias sociales, entendiendo la acción fundamentalmente en relación con otros actores sociales. En esta perspectiva, intenciones y consecuencias de la acción no podían ser idénticas, lo que avivó siempre intentos regresivos de introducir explicaciones psicologistas aunque fuese a la manera de soportes, con la intención de allanar así esa contradicción.

El abismo sin embargo se tornó allanable en la medida en que los teóricos de sistemas aislaron totalmente las intenciones de la acción y se interesaron sólo por sus consecuencias, posibilidad esta que, pese a la fuerte reducción de la diversidad empírica, se hizo tanto más sugestiva cuanto más sorprendente resultó ser su capacidad predictiva; desde luego, una vez se definieran correctamente las reglas de juego del sistema y los actores se acogieran a ellas¹⁶. De esta manera sólo en la masificación de las conductas desviadas o incluso en caso de revoluciones se evidenciaban los límites de la dimensión predictiva de la teoría sistémica.

Así, la economía, con su orientación teórica, parecía convertirse cada vez más en modelo para las restantes ciencias sociales. La "mano invisible", que desde Adam Smith y a espaldas de los agentes económicos se ha visto operar en la próspera economía de mercado, debía tener su paralelo también en la teoría política. El progreso de la teoría parecía no permitir que actores colectivos como el Estado se hipostasiaran en el sentido de agentes actuantes. De este modo la teoría sistémica, en su calidad de "blanda macroteoría", se desarrolló como un compromiso entre teorías

ontológico-absolutas y un behaviorismo reduccionista, de tal suerte que se puede afirmar que el nuevo paradigma de la posmodernidad sí intentó solucionar la contradicción entre macro y microteoría. Esto no obsta para que la resistencia contra esta nivelación subsista al interior de las ciencias sociales orientadas macroteóricamente, resistencia legitimada en el hecho de que también la posmodernidad no puede justificar el privilegio de la ocupación con microestructuras fragmentadas sin reflexiones macroteóricas. En este sentido la "blanda macroteoría sistémica de corte autopoiético" resultó ser en este debate la teoría más flexible y logró sobrevivir el cambio de paradigma sin grandes peligros.

La antigua e igualmente influyente corriente sistémica lo fue porque prometió reducir el abismo existente entre *teoría de la acción y teoría de sistemas*. En Parsons se dio a través de puras definiciones; el concepto de acción se utilizó de tal manera que pudiera converger con el de "conducta"¹⁷. En el ulterior desarrollo de Parsons a través de Luhmann la teoría de la acción fue por completo absorbida por considerarse arcaica y anticuada, de modo que sólo los defensores de la modernidad desde Richard

14/ Poster, M.: *Critical Theory and Poststructuralism. In Search of a Context*. Ithaca, Cornell UP, 1989.

* "Totalitätsfummler und Fliegenbeinzähler vereinigt Euch".

15/ Scheuch, E.: *Methodische Probleme gesamtgesellschaftlicher Analysen*. In: Adorno: 1969: 153-182.

16/ Schütte, H.G.: *Handlungen, Rollen und Systeme*. In: Hans Lenk (Hrsg.) *Handlungstheorien interdisziplinär*. München, Fink, 1977: 17-57.

17/ Gunnell, J.G.: *Between Philosophy and Politics. The Alienation of Political Theory*. Amherst, University of Mass., 1986.

18/ Münch, R.: *Die Kultur der Moderne*. Frankfurt, Suhrkamp, 1986.

Müncho¹⁸—como continuador de la ortodoxia Parsonsniana— hasta Habermas¹⁹ leído desde Parsons, elaboraron el consenso mínimo en torno a la necesidad de enlazar las teorías de acción y de sistemas.

La teoría política de un nivel medio y un cuestionamiento orientado al cambio institucional tendió con mayor énfasis al cultivo de las corrientes teóricas de la acción, con lo que se hizo culpable de imputarle acciones a actores colectivos institucionalizados. Esta tendencia se vio fortalecida por el hecho de que la política, como sistema generador de decisiones obligatorias, le otorga a sus conceptualizaciones colectivas vinculación normativa, de tal suerte que, aunque de hecho ficciones, conceptos como el de la soberanía obtuvieron validez normativa y no pudieron desvanecerse sin más.

Esa orientación de la política por la acción condujo a que el sistema político estuviese más fuertemente ligado a diversos ámbitos o competencias que otros subsistemas. Mientras la economía o el arte han defendido desde temprano su propia autonomía, la política, que la ha logrado con anterioridad, la ha puesto continuamente en juego por no poder demarcar límites claros frente a otras disciplinas como sí lo hizo el arte o la economía. *La política fue por naturaleza*

imperialista e influye de igual manera en otras esferas: la política cultural nació como noción y disciplina con anterioridad a la economía de la cultura, lo que no es precisamente una casualidad.

El arte puede existir como *l'art pour l'art* y precisamente esto ha pretendido la modernidad clásica en este campo. La política como arte y por el arte, por el contrario, sería un absurdo y un absurdo ineficaz. El "enajenado interés del Estado por sí mismo"²⁰ no obstante ha sido interpretado de vez en cuando como un *l'art pour l'art político*, que de existir, ha servido para que el crítico del sistema conciba este enajenado interés por sí mismo como un medio para la obtención de otros fines, en la mayoría de los casos de naturaleza económica. Puede que las élites políticas aparezcan "imposibles", pero tienen al menos que aparentar ser "responsables" y preocuparse por los intereses de sus electores que, en su mayoría, recurren a sus representantes desde ámbitos no precisamente políticos. Este enlace de la política con otros subsistemas sociales le ha ocasionado a la disciplina en principio grandes dificultades, porque no ha podido hacer de sus esfuerzos teóricos un juego intelectual claro e intrínseco como es el caso de la teoría del derecho o de la economía.

Pero también allí, donde la política no ha acusado esa pretensión imperialista en el sentido arcaico de ser el subsistema dominante de la sociedad, no se ha podido desprender de una teoría general de la sociedad al estilo de otras ciencias sociales: la teoría política está estrechamente ligada a la teoría de la sociedad. Aun cuando el proceso de diferenciación del sistema político frente a la antigua y global *societas civilis* fue anterior y más eficaz, no arrojó el mismo grado de autonomía que el proceso paralelo en la economía o en el arte. La evolución del capitalismo le proporcionó a la economía una adicional independencia de la política. Así, en la compleja sociedad moderna cada vez más esferas implementan preferencialmente el dinero como medio de dirección y no el poder. Un grado de autonomía como se ha realizado en otros ámbitos de la vida, significaría en política un regreso al despotismo, como lo ha enseñado la rebelión de la revolución conservadora frente a la decadencia de la política.

La autonomía del arte como se pretendió en el culto al genio y en el dandismo de la modernidad clásica temprana ha retrocedido nuevamente en la era del posmoderno consumo masivo, y la resistencia contra dependencias económicas ha cedido el paso a una irónica aceptación y aprovechamiento de tales imperativos. Empero el grado de autonomía del arte sigue siendo probablemente más grande que el de la política, al menos en la

cuestión de los contenidos de la producción: de un lado obras de arte, de otro decisiones. La *Historia del Arte*, una disciplina relativamente joven, ha interiorizado profundamente la autonomía del arte.

Paralelamente al estructuralismo y a la econometría en otras ciencias se constituyó en cierto modo una teoría sistémica iconológica, en cuyo contexto indagar por motivos sociales se declaró más bien como no-científico. Según ésta, habría que atenerse, como los teóricos de sistemas, a los resultados de la acción, en este caso imágenes. Arnold Hauser o Frederick Antal, autores que han colocado aspectos sociológicos y económicos del arte en el centro de la discusión, han sido vistos como marxistas solitarios, aunque ambos estaban bien distantes de ser marxistas en el sentido de un determinismo económico.

Por otra parte, de todas las ciencias sociales la economía ha sido la primera en reflexionar teóricamente sobre la autonomía de su substrato. La teoría económica había comenzado su reflexión fuertemente ligada a la política y a la sociedad. Como *economía política*, la temprana teoría económica se refirió al sistema político-administrativo, y en las ciencias de más vieja data como la cameralística y la policía, la economía y la política constituían una amalgama difícil de desenmarañar. Esto cambió en el siglo XIX en la medida en que la economía burguesa fue cediéndole

19/ Habermas, J.: *Theorie des kommunikativen Handelns*. Frankfurt, Suhrkamp, 1981, 2 Bde.

20/ Offe, C.: *Berufsbildungsreform. Eine Fallstudie über Reformpolitik*. Frankfurt, Suhrkamp, 1975.

progresivamente estas visiones panorámicas a la teoría marxista, que perseveró consecuentemente en la concepción de la economía política, obsoleta para la mayoría —modernista— de los economistas. La economía moderna desarrolló en su lugar una *concepción matematizada de modelos*, pensada a partir de decisiones autónomas de sujetos económicos autónomos, y en la que intervenciones estatales se consideran como una molesta variable de perturbación. El vínculo con el sistema político se le asignó a una disciplina marginal que opera descriptiva y normativamente la *política económica*, ante la que tampoco ha hecho alto la econométrización.

El subsistema político conservó entonces la cercanía con la totalidad social de una manera distinta a las otras disciplinas, lo que se vio siempre como una de las razones de la inclinación a regresivas pretensiones premodernas de un supuesto primado de lo político, pretensiones de las que estuvieron exentas la economía y el arte.

Pero incluso cuando se pudo evitar el desliz del Schmittianismo y de la revolución conservadora, este estrecho vínculo de la política con otras áreas de la vida comportó una fuerte dependencia de la teoría política con respecto a otras ciencias tales como la economía, la teoría sociológica de sistemas, el

behaviorismo, la economía política o la corriente de la *rational choice*. Otras disciplinas como la economía o el arte procuraron ya desde sus orígenes teóricos repeler intervenciones políticas externas, en tanto ellas (las disciplinas) pretendían autonomía y no dirección y su propia actividad políticamente relevante nunca fue más allá de una *defensa de los intereses de su propio subsistema*. Contrario a éstas la política y su teoría se tornaron paulatinamente imperialistas, de tal manera que incluso cuando los políticos sospechan no poder actuar, los electores reclaman sus actuaciones sonora y enérgicamente. La política no puede renunciar a la pretensión de intervenir en otras disciplinas, pues de lo contrario no existirían ni política económica, ni política jurídica ni política cultural etcétera.

Estos imperativos de acción de los sistemas políticos colocan la teoría política en dificultades. ¿Quién coloniza a quién? Con la creciente complejidad social se estrechan los corredores de acción de la política. Todos los subsistemas de la sociedad despliegan una *dinámica propia*. La teoría del derecho se puede entregar a una teoría de sistemas autorregulativos y concebir el derecho como un sistema de relaciones circulares²¹. La teoría política sin embargo está, en una menor medida obvia,

predestinada a esta autosuficiencia autoreferencial.

Otras ciencias sociales han sido acusadas igualmente de imperialismo, sobre todo la economía, pese a la creciente diferenciación producto de la democratización de las sociedades y pese a la múltiple asimilación de sus codes de regulación. No es de extrañar que la comparación incite a la recepción teórica. El *slogan "una ciencia, un método, un paradigma teórico"* se ha vuelto anacrónico en la modernidad tardía.

El *desencanto del Estado* en la teoría política posmoderna desubstancializó la noción de poder, pues el sistema político parecía estar organizado más por el esquema del intercambio entre redes que por el principio de una *pirámide de poder*, lo que terminó acercando más la teoría política a la teoría económica, de tal suerte que los economistas han participado en el desarrollo de la moderna teoría política como Boulding y Olson. Por lo demás, la queja de un *imperialismo de la economía* provino con más frecuencia de los mismos economistas que de otras disciplinas.

Lo que reiteradamente se concibió como importación de las ciencias económicas, fue sólo una decisión lógica, matemáticamente impulsada e independiente de su substrato, y que ha arrojado buenos resultados dondequiera que se han podido imponer preferencias por cálculos de utilidades. Por el contrario, un acercamiento a la teoría

económica ha resultado imposible donde motivos altruistas y difusos ideales de autorrealización han orientado la acción política. De allí que en la investigación sobre transformaciones valorativas, sobre nuevos movimientos sociales e historia cotidiana, se haya rechazado hostilmente este préstamo de la economía.

Aunque a las teorías económicas se les atribuye un *prejuicio individualista*, la teoría comparada enseña que corrientes teóricas colectivistas desde Marx a Durkheim son impensables sin el recurso al individuo. Por esto, el dilema de las teorías colectivas sigue siendo el de que las influencias colectivas sólo se transmiten individualmente y en este sentido deben atravesar el "ojo de aguja de la conciencia individual" (H. Baier). En contraposición a las teorías neoclásicas de la economía, la teoría política permanece también en el futuro atada a nociones colectivas, que sin embargo no son ya conceptos substanciales ontológicamente cargados como Estado y Poder para la premodernidad, sino cristalizaciones en las instituciones políticas.

La presente investigación se ocupa de múltiples influencias provenientes del arte, de la economía y de las ciencias naturales sin defender un estrecho concepto de una ciencia pura de la política que, entre otras razones, no puede existir por la génesis misma de la disciplina. El criterio de selección para el tratamiento de los temas son

21/ Teubner, G.: *Recht als autopoietisches System*. Frankfurt, Suhrkamp, 1989.

las *grandes teorías* que reflexionan desde la política sobre el problema de la *regulación de la sociedad* y sus subsistemas. El intento de reconstruir las más importantes vertientes teóricas del siglo tiene que asumir el concepto de pluralismo con mucha más seriedad de lo descrito aquí en estas teorías. Ninguna teoría moderna o posmoderna puede operar sin confesar su trabajo interdisciplinario, pues justo en la posmodernidad las artes y las ciencias naturales han adquirido una actualidad para la

formación teórica de las ciencias sociales que nunca poseyeron en la modernidad clásica.

Al tenor de un generalizado uso del lenguaje, se denomina interdisciplinario aquello que presentan varios autores como una especie de síntesis de encuadernadores, pues si un solo autor emprende este reto, con frecuencia se le califica negativamente como *ecléctico*. No obstante, en la era del *collage* teórico posmoderno, este reproche ha perdido mucho de su potencial difamatorio. ☺